

ALBERTO BALTRA CORTÉS

NUESTRA AMÉRICA Y SUS
PROBLEMAS *

CUANDO el señor Rector me honró invitándome a dictar esta clase inaugural, medité largamente sobre el tema que podría constituir su objeto y, eligiendo de entre las materias de mi oficio, concluí que, tal vez, pudiera ser de interés una información, aunque esquemática, de la dura realidad que afronta nuestra América.

1.

No hace mucho, en noviembre del año último, en São Paulo, un calificado personero de las Naciones Unidas, José Antonio Mayobre, Director de la CEPAL, dijo que "América Latina estaba atravesando desde hace algunos años una de las crisis estructurales más profundas de su historia"¹.

Esta es una verdad que resulta evidente para quien analice la tendencia de ciertas variables sociales básicas.

¿Cuál es el origen de esta crisis, que remueve la inquietud de nuestros angustiados pueblos?

En su esencia íntima, se trata de un agudo y creciente desequilibrio entre el ritmo con que aumenta la población latinoamericana y el ritmo con que crece la economía. Hay un serio desajuste y éste es el que genera las tensiones que estremecen el subsuelo social de América Latina.

*Clase inaugural dictada en el acto académico con ocasión del 45º aniversario de la fundación de la Universidad de Concepción, el 11 de mayo del presente año.

¹José Antonio Mayobre. Declaraciones ante el Consejo Interamericano Económico y Social, celebrado en São Paulo, en noviembre de 1963.

El crecimiento demográfico de América Latina es el más alto del mundo. La población está aumentando a razón de casi un 3% al año. En 1900, éramos 63 millones. Ahora, somos 220 millones. En 1975, seremos casi 300 millones, o sea, tendremos más habitantes que Estados Unidos o la Unión Soviética.

Para que haya desarrollo económico y mejoramiento del nivel general de vida es necesario que el producto nacional crezca con ritmo mayor que el de la población, pues si ésta aumenta en 2%, por ejemplo, y, también lo hace aquél en 2%, ello significa que la producción crece sólo en lo justamente indispensable para proporcionar a los nuevos habitantes el nivel de vida de que disfruta el resto de la población. Esta relación entre aumento del producto y de la población se expresa en las magnitudes denominadas "producto per cápita" e "ingreso per cápita". Pero, antes de seguir, expliquemos, de modo sumarisimo, los conceptos de producto e ingreso nacionales. El *producto nacional* es una manera de medir la producción de un país. Se entiende por producto nacional el valor, expresado en dinero, de los bienes y servicios finales producidos por una economía durante un año. Por ejemplo, en 1962 el producto nacional de Chile fue de 6.400 millones de escudos. Se toman en cuenta sólo los bienes y servicios finales para evitar las computaciones múltiples. Así, se considera el valor de los nuevos edificios pero no el del cemento y otros materiales de construcción, pues su valor está incluido, como costo, en el valor de los nuevos edificios. *Ingreso nacional* es la suma de las remuneraciones que, durante un año, obtienen los factores productivos, o sea, el trabajo, el capital y los recursos naturales. En 1962, el ingreso nacional fue, en Chile, 5.300 millones de escudos, lo que equivale a decir que éste fue el monto total de los sueldos, jornales, dividendos, intereses, ganancias y cánones de arrendamiento. El producto per cápita se obtiene dividiendo el producto nacional por el número de habitantes y el ingreso per cápita se determina haciendo lo mismo con respecto al ingreso nacional. Cuando el producto per cápita no crece, ello quiere decir que producción y población están aumentando con el mismo ritmo. Para que exista desarrollo económico satisfactorio se precisa que el producto per cápita aumente de modo sustancial.

¿Cuál es, desde este punto de vista, la situación de América Latina?

En los años que siguieron al término de la segunda guerra, el producto per cápita aumentó en 3,2% anual. Pero en el período 1955-60 este ritmo cayó al 1%. Esta enorme baja acusa la incapacidad de las sociedades latinoamericanas para hacer crecer sus econo-

mías. Mas, no es esto todo. En 1962, el problema tocó su punto crítico, que señala la gravedad de la situación y explica el convulsionado panorama social de América Latina. En 1962, el producto per cápita no aumentó. La economía está creciendo en la misma medida que lo hace la población. En consecuencia, no queda margen para mejorar el standard de vida del hombre común. El horizonte del bienestar está cerrado. El porvenir no puede ser más inquietante. La pasmosa lentitud del desarrollo económico latinoamericano destaca aún más si se compara con el crecimiento de otras regiones del mundo. En Europa occidental, en el mismo período, el producto per cápita aumentó en 3,7% al año; en Japón, 8,3%; en Europa del Este la tasa más baja fue la de Hungría con 5,3% y la más alta, la de Alemania socialista, con 9,5%².

El informe que la CEPAL elaboró con ocasión de la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo que se está celebrando en Ginebra, dice: "El pronóstico para los próximos años, si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones, es evidentemente desolador. Para fines de la presente década el déficit de recursos externos tendrá proporciones incompatibles no sólo con un desarrollo a tasas aceptables sino hasta con el mantenimiento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden³.

El carácter explosivo del problema deriva del escaso monto del ingreso latinoamericano per cápita, que es sólo de 370 dólares. No es inútil insistir en que éste es un promedio. De ninguna manera significa que cada latinoamericano reciba 370 dólares al año. Algunos reciben mucho más; otros, mucho menos. Ello depende de la forma en que, concretamente, se distribuye el ingreso y según el carácter más o menos igualitario de la distribución. Desde luego, alrededor de 110 millones de los 220 millones de habitantes, tienen un ingreso que apenas alcanza a 120 dólares por año. Es decir, la mitad de los latinoamericanos no disponen sino de 10 dólares al mes. Hay que meditar sobre esta cifra: 110 millones de personas viven o, más bien, sobreviven con sólo 1 escudo al día. Así se explica que 11 millones de latinoamericanos disfruten del 30% de todos los bienes de consumo disponibles mientras que, en el otro extremo, 110 millones consumen únicamente un 20% de esos mismos bienes.

El problema se revela más gráficamente con ayuda de ciertos indicadores específicos.

²CEPAL. "América Latina y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo", 1964, p.

3, cuadro 2.

³CEPAL. Ob. cit., p. xiv.

Por ejemplo, en el conjunto mundial la situación alimenticia de América Latina es muy menguada. Los niveles alimenticios latinoamericanos son inferiores a los de las regiones o países económicamente desarrollados y esta inferioridad se refiere tanto al monto de las calorías consumidas como a la composición cualitativa de la alimentación. En general, la alimentación es insuficiente aun considerando que las necesidades calóricas varían en función del clima, de la composición demográfica por edades, de la estructura y tipo de actividad de la población, etc. Como promedio, en América Latina cada persona ingiere diariamente 2.450 calorías. En Europa, 3.000; en América del Norte, 3.100 y en Oceanía, 3.250. Sólo podemos compararnos con Oriente y Africa. Por cierto, en cada país existen amplios sectores que están por debajo del promedio. Es una muestra de 277 familias chilenas de las clases media y popular, el 37% de ellas recibe menos de 2.000 calorías diarias⁴. Análogas conclusiones se deducen al analizar la calidad de la alimentación. La cantidad de proteínas y grasas consumidas por los habitantes de América Latina es inferior a los niveles que prevalecen en las naciones avanzadas. En promedio, cada latinoamericano consume diariamente 67 gramos de proteína. En Europa, 88 gramos; en América del Norte, 93 y en Oceanía, 94. Cosa parecida ocurre con las sustancias grasas. El consumo diario per cápita es de 61 gramos en América Latina; en América del Norte, 142 gramos; en Oceanía, 137 y en Europa, 94.

No es mejor la situación habitacional. El problema de la vivienda es pavoroso. El déficit latinoamericano de habitaciones se calcula en un 64% de las existentes, lo que equivale, más o menos, a 20 millones de viviendas. En cuanto a la calidad de las habitaciones ya disponibles, sólo el 50% de ellas se ajusta al tipo de vivienda permanente definido por las Naciones Unidas⁵. En otros países, como Francia e Inglaterra, casi todas las habitaciones cumplen con las exigencias de las normas internacionales. En América Latina, lo común es la vivienda improvisada, insuficientemente provista de servicios higiénicos y que aloja a un número excesivo de personas hacinadas en la más horrible promiscuidad. Estas características son más acentuadas en las zonas rurales pero, por su parte, en las grandes áreas metropolitanas se ha ido agudizando el serio problema de dar techo a millones de personas que, desde el campo, llegan a las ciudades en busca de empleo. Han nacido, así, las poblaciones "callampas", que en otros países llaman "favelas", "ranchos", "villas miseria", etc. Se estima que

⁴CEPAL. "El desarrollo económico de América Latina en la postguerra", Vol. II, 1963, p. 119.

⁵CEPAL. Ob. cit., p. 120.

5 millones de latinoamericanos viven en estas condiciones marginales. La situación habitacional influye adversamente en la integración social y política de los pueblos y contribuye a la disgregación familiar, al desarrollo de la delincuencia y de los altos índices de mortalidad por enfermedades parasitarias y contagiosas.

En cierta medida, las condiciones de salud que predominan en América Latina son el corolario de todas las deficiencias anteriores. Nadie puede desconocer el mejoramiento sanitario experimentado por América Latina en los últimos años, que se traduce en un notorio descenso de la tasa media de mortalidad. Sin embargo, esta tasa aún es superior a la de otras regiones. Entre nosotros, la tasa más baja de mortalidad infantil es la de Uruguay, donde de cada 1.000 nacidos vivos, 50 mueren antes de cumplir un año de edad. La más alta es la de Chile, donde la mortalidad infantil se eleva al 132 por 1.000. En Australia, Checoslovaquia, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Japón, dicha tasa no excede del 30 por 1.000, o sea, es casi la mitad de la tasa uruguaya que, por su parte, es la más baja de América Latina.

En nuestra América, por cada 10.000 habitantes sólo hay 5,5 médicos. En Francia, Inglaterra, Japón y Australia, 10; en Dinamarca, 12; en Estados Unidos, 13; en Italia, 15; en Bulgaria, 16; en Checoslovaquia, 17 y en la Unión Soviética, 30. En América Latina, por cada 1.000 habitantes sólo existen 3 camas de hospitales. En Dinamarca, Francia, Italia y Japón, 8; en Estados Unidos, Checoslovaquia e Inglaterra, 9; en Australia, 11 y en la Unión Soviética, 7.

Las precarias condiciones de vida descritas hacen que, en América Latina, la esperanza de vida al nacer sea inferior a la de otros países. En México, el que nace tiene la esperanza de vivir 37 años; en Chile, 49 y en Uruguay, 64. En Estados Unidos, la esperanza de vida del blanco es 64 años. Más o menos, ésta es también la esperanza de vida del hombre en Australia, Checoslovaquia, Dinamarca, Francia, Inglaterra, Japón y la Unión Soviética.

Los déficit educacionales no son menos aterradores. En América Latina es frecuente encontrar índices de 40, 60 y hasta 90% de analfabetos. Se estima en 50 millones el número de adultos que no sabe leer ni escribir. Todavía tenemos algo así como 6 millones de niños que no reciben la instrucción básica mínima y de los matriculados en las escuelas primarias sólo un cuarto cumple todo el ciclo. Por esta causa, una proporción altísima de la población latinoamericana es analfabeta total o semianalfabeta. Más o menos, el 22% de la población infantil en edad de educarse carece de la posibilidad de hacerlo. La deserción escolar es muy elevada, como que la asistencia media

a la escuela es sólo de 2,2 años. La situación es igualmente mala tratándose de las enseñanzas media y superior, con la agravante de que, en muchos países, ambas clases de educación no llegan hasta los sectores humildes ni satisfacen las necesidades peculiares de los pueblos en vías de desarrollo. Por ejemplo, en Brasil, de cada 100.000 habitantes, sólo 98 tienen la oportunidad de matricularse para cursar estudios superiores. En Chile, 290; en Argentina y Uruguay, 480. En Estados Unidos, de cada 100 000 habitantes, 1.500 se matriculan en la Universidad; en Dinamarca, 400; en Francia, 325, etc.

Las graves fallas de la educación latinoamericana repercuten muy desfavorablemente en la movilidad social. En último término, ocasionan un cuantioso despilfarro del más escaso y valioso de todos los recursos, cual es el talento de los hombres. En las sociedades de América Latina, la ausencia de oportunidades educacionales satisfactorias impide que se manifiesten y surjan muchos de los elementos dinámicos que encierran las capas medias e inferiores, restando, así, a nuestras naciones poderosos factores de estímulo y vitalización.

2.

Es natural que ante el sombrío cuadro esbozado en sus rasgos más característicos, nos preguntemos si existen posibilidades de que América Latina pueda romper la caparazón miserable del subdesarrollo y levantarse hacia niveles de vida decentes y dignos.

Para apreciar la magnitud del esfuerzo y la profundidad del problema, destaquemos dos hechos. Si la economía de América Latina sigue creciendo con el ritmo del 1% anual, tardaríamos 70 años en duplicar el actual ingreso per cápita. En 70 años disfrutaríamos del ingreso per cápita que, en la actualidad, tiene Francia. Para alcanzar el ingreso per cápita de que hoy dispone Estados Unidos, deberíamos esperar casi 200 años. Estas cifras prueban que América Latina necesita aligerar el paso de su desarrollo, pues las demandas de los pueblos son tan apremiantes que no se avienen con el lento transcurrir de plazos que se prolongan a través de varias generaciones.

¿Cuáles son los obstáculos que nos están impidiendo crecer con rapidez? El desarrollo es difícil o imposible si las estructuras no son las adecuadas para que la sociedad acoja los estímulos iniciales que se le proporcionan y responda generando un proceso de crecimiento capaz de sustentarse por sí mismo. El desarrollo económico sólo puede prender en un medio que lo favorezca y estimule. El proceso del desarrollo no es sólo de cambio económico. Es la sociedad entera la que debe ponerse en movimiento. Fundamentalmente, el cam-

bio debe ser social. Cuando las estructuras de la sociedad oponen trabas a la transformación, hay que modificarlas o destruirlas, si es que, en realidad, se desea progresar. Por esta causa, el desarrollo económico es un proceso revolucionario. No hace mucho, la CEPAL ha puntualizado: "Los males que aquejan a la economía latinoamericana no responden a factores circunstanciales o transitorios. Son expresión de la crisis del orden existente y de la escasa aptitud del sistema económico —por fallas estructurales que no hemos sabido o podido corregir— para lograr y mantener un ritmo de desarrollo que responda al ritmo de crecimiento de la población y a sus exigencias de rápido mejoramiento"⁶.

¿Cuáles son estas fallas estructurales, que nos están impidiendo progresar? ¿En qué sentido y cómo las estructuras de la sociedad latinoamericana entorpecen el avance y alejan al hombre común del bienestar que reclama?

En cambio, de las estructuras es condición de nuestro desarrollo. Así lo reconoció, también, el Presidente Kennedy cuando dijo que el cambio social era la condición para "que los frutos del crecimiento fueran compartidos por todos y no sólo por unos cuantos privilegiados". De aquí la necesidad de precisar el concepto de *estructura*, porque sólo de esta manera puede tener contenido concreto la expresión "reformas estructurales" que, desde hace algún tiempo, se está utilizando con frecuencia y, a veces, no sin ligereza.

Los elementos estructurales de una sociedad pueden agruparse en cinco categorías básicas: 1) las estructuras físicas o geográficas; 2) las estructuras demográficas; 3) las estructuras técnicas y económicas; 4) las estructuras institucionales, sociales y psicológicas, y 5) las estructuras culturales. Ahora, sólo nos referiremos a las tres últimas. El conjunto del tema fue objeto de un anterior estudio nuestro⁷.

3.

Todas las estructuras económicas pueden describirse en términos de relaciones y proporciones. Así, por ejemplo, la producción nacional presenta una determinada estructura, considerando el aporte relativo de cada uno de los sectores en que, de ordinario, se agrupa la actividad económica. Cuando predomina el sector agropecuario,

⁶CEPAL. "Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano, 1963, p. 3.

⁷Alberto Baltra Cortés. "Estructura, Instituciones y Cambio Económico".

Panorama Económico". Santiago, Chile, N° 236, 1963. También en "Comercio Exterior", Ciudad de México, octubre, 1963.

se habla de economía con estructura agraria. Cuando sucede lo propio con el sector fabril, se dice que la economía tiene estructura industrial, etc.

Por su parte, el comercio exterior ofrece una estructura, también determinada, que depende de la relación entre los valores en moneda extranjera que egresan e ingresan desde o hacia la economía nacional como, asimismo, de la proporción que guardan entre sí las causas de los egresos e ingresos. Por ejemplo, en Chile, las exportaciones de cobre originan el 60% de los ingresos en moneda extranjera, lo que confiere al comercio exterior chileno una estructura definida y característica. También configura la fisonomía estructural del comercio exterior la relación entre los precios de los bienes que se venden al extranjero y los precios de los bienes que se compran en el exterior. Esta relación se conoce con el nombre de *término del intercambio*.

4.

Las estructuras institucionales son jurídico-políticas, en el sentido que regulan la acción del hombre, tanto en el orden privado como en el público, mediante disposiciones sancionadas legal, consuetudinaria o moralmente. Wilbert Moore dice que la institución es "un sistema de normas, es decir, reglas de conducta referidas a un aspecto importante de la vida social"⁸. Estas normas prescriben el modo de vida de los pueblos y determinan la conducta del individuo. Son instituciones la familia, el sindicato, las iglesias, la Universidad, el Estado, el derecho de propiedad, etc.

Cuerdamente no se puede pretender que la economía de un país adopte los métodos modernos de producción, conservando intactas las instituciones propias de las comunidades preindustriales. El complejo institucional puede entorpecer el progreso, de la misma manera que el cambio oportuno de las instituciones puede promoverlo o facilitararlo. El desarrollo económico no es sólo una revolución tecnológica, "sino que, además, supone profundos cambios sociales que deben ser plenamente tomados en cuenta si se quiere que el proceso de desarrollo se traduzca en más altos niveles materiales y en un mayor grado de bienestar humano"⁹. Así como para gozar de las ventajas del transporte motorizado no basta con importar automóvi-

⁸Wilbert E. Moore. "Economía y sociedad". Santiago, Editorial Universitaria, 1961, p. 15.

⁹United Nations. "Processes and problems of industrialization in under-developed countries", p. 24.

les y camiones sino que, además, hay que construir buenos caminos, las nuevas formas de producir no pueden adoptarse sin cambios en las instituciones que rigen la vida de los grupos y de los hombres. El latifundio y el inquilinaje, por ejemplo, son instituciones semi-feudales, incompatibles con el desarrollo industrial. La desigual distribución del ingreso, la elevada propensión a consumir de los sectores favorecidos con esa distribución y los estatutos de excepción que permiten a las grandes empresas extranjeras dejar en el exterior parte considerable del valor de lo que exportan, también son instituciones que impiden que la capitalización alcance los niveles que exige un desarrollo económico a tono con el rápido aumento demográfico del área latinoamericana. "Es la función general de las instituciones... relacionar los padrones sociales de conducta... con el sistema general de exigencias funcionales y de valores de una sociedad"¹⁰. De aquí deriva, entonces, el carácter esencialmente relativo y mutable de los elementos que integran la estructura institucional. Deriva, también, la importancia determinante que reviste el cambio de las instituciones en la promoción del progreso, pues sólo así se establece la coherencia y compatibilidad de éstas con las exigencias funcionales y los valores de la nueva sociedad.

5.

La estructura social propiamente dicha debe definirse evitando la ambigüedad que la expresión, por sí misma, sugiere.

La estructura social comprende los grupos que caracterizan una comunidad y los vínculos que existen entre ellos. Por ejemplo, incluye el estudio de las clases y castas. Rasgo importante de la estructura social es la movilidad, que se refiere tanto a la posibilidad individual de trasladarse de una a otra clase como a la transformación de la estructura social misma a causa del cambio en la posición relativa de las clases dentro de la sociedad a que pertenecen.

En la sociedad latinoamericana, la estructura social impide que surjan muchos elementos dinámicos. La educación es factor básico de la movilidad. Existe, pues, una estrecha interdependencia entre este aspecto de la estructura social y las estructuras culturales. "Acaso uno de los factores más decisivos en el desarrollo impresionante de Estados Unidos, primero, y de la Unión Soviética, después, con sus

¹⁰Wilbert E. Moore. "The social economic development". Durham, framework of economic development, 1961, p. 69.
ment". "Tradition, values and socio-

diferencias fundamentales de sistemas, ha sido el común denominador de un activísimo proceso de movilidad social que no se había cumplido hasta entonces bajo el signo de la industrialización”¹¹.

La estructura social de América Latina, plagada de rigideces, obstaculiza el desarrollo de la economía, porque limita la movilidad social, de donde resulta que la inteligencia y las aptitudes se desperdician, sin posibilidades de cultivarse.

6.

Con la expresión *estructuras psicológicas o mentales* se designan *los valores*, o sea, los juicios individuales o sociales acerca de lo que se estima deseable o conveniente en el terreno material, espiritual, intelectual o moral. Los valores son de doble naturaleza: por una parte, son elecciones individuales o subjetivas, mediante las cuales el sujeto singular *valora* las cosas prefiriendo éstas a aquéllas. Pero, también y sobre todo, los valores son normas objetivas creadas por la sociedad y que, al decir de Mannheim, “sirven como luces del tráfico, para la regulación de la conducta humana”¹². La función normal de estas *creaciones sociales* es obligar a los miembros de la sociedad a conducirse de manera compatible con el funcionamiento regular del orden existente. Para expresarlo de modo elegante, repetamos con Ortega y Gasset, que “el hombre siempre vive desde unas ideas determinadas, que constituyen el suelo donde apoya su existencia... Esas que llamo ideas vivas o de que se vive son... el repertorio de nuestras efectivas convicciones... sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuáles son menos... La casi totalidad de esas convicciones o ideas no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo”¹³.

En parte importante, los valores se incorporan a las instituciones. En alguna medida, la dinámica social puede explicarse por la discrepancia que, a veces, surge entre el sistema institucional y las valoraciones colectivas. En otras palabras, puede explicarse por el conflicto que se produce entre valores y fines. En efecto, es posible que llegue un momento en que estas valoraciones no sean las que correspondan al sistema u orden en vigencia, sino anticipos de creaciones

¹¹CEPAL. Ob. cit., p. 69.

¹²Karl Mannheim. “Diagnóstico de nuestro tiempo”. Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 29.

¹³José Ortega y Gasset. “Misión de la Universidad”. Madrid, 1960, p. 45.

sociales aún no encarnadas en el complejo de las estructuras e instituciones.

En las sociedades tradicionales, los valores permanecen inmutables durante largos períodos. Son valoraciones estáticas. En las sociedades sujetas a proceso de cambio, no puede ocurrir lo mismo, pues un nuevo sistema supone necesariamente otra escala de valores, ya que sólo mediante ella los individuos pueden actuar en una nueva forma y responder, así, a nuevos estímulos. Es obvio que la sociedad feudal y artesana no habría podido operar si hubieran seguido imperando los valores propios de las sociedades esclavistas. Tampoco lo habría podido hacer el capitalismo bajo la vigencia de los valores característicos de la sociedad feudal. Del mismo modo, las sociedades que aspiran al desarrollo de sus economías no pueden lograrlo si en su seno continúan actuando valoraciones enraizadas en las sociedades tradicionales. La determinación de nuevos conceptos acerca de lo socialmente deseable o conveniente es parte integrante del cambio social. El desarrollo no es sólo ni únicamente tecnológico o económico. Es mucho más que todo eso: es un estilo de vida. Es un conjunto de actitudes frente a cada uno de los aspectos fundamentales en que la sociedad necesita transformarse. Las estructuras institucionales no pueden cambiar sin que, a la vez, cambien las valoraciones, de modo que permitan al hombre actuar según el sentido y finalidades del nuevo sistema.

También, parece que es condición del cambio la anticipación de las nuevas valoraciones básicas, pues la energía espiritual movilizadora por medio de fuertes sentimientos incorporados a la motivación de los pueblos, constituye uno de los grandes y más potentes motores del desarrollo y el progreso.

7.

Están, por último, las estructuras culturales. Estas estructuras pueden describirse por el porcentaje de adultos analfabetos y semianalfabetos; la proporción de población con educación primaria, secundaria, universitaria y técnica completas; el porcentaje de mano de obra calificada; la importancia relativa de las diversas profesiones y oficios, etc.

El desarrollo económico supone una educación diversificada y amplia, directa y útil, que abra oportunidades al cultivo de todas las aptitudes y al aprovechamiento de todas las inteligencias. La capacitación del personal, de los cuadros especializados, de la mano de obra debidamente preparada, constituye factor básico del desarrollo

de la economía. La educación debe poseer la plasticidad adecuada para adaptarse, sin tardanza ni tropiezos, a los rápidos cambios de una nueva sociedad, que emerge en un mundo que se torna cada vez más complejo por obra de los portentosos avances de la ciencia y la técnica, que plantean inesperados problemas al hombre, la familia, los grupos y las sociedades.

El papel de la educación es activar, promover y orientar el cambio. La educación puesta al alcance de todos ha dejado de ser una aspiración social para convertirse en una imperiosa necesidad impuesta por el desarrollo económico.

La economía no puede crecer si carece de profesionales y técnicos en cantidad suficiente y de una mano de obra educada, o sea, con enseñanza primaria completa, que es el requisito indispensable para adquirir y dominar las técnicas de los modernos métodos de producción. La tecnología contemporánea no puede asimilarse por un pueblo analfabeto o semianalfabeto. En materia industrial, por ejemplo, se calcula que por cada 1% de aumento de la producción, se necesita que los técnicos de todas las categorías aumenten en 4%.

Según ya se dijo, las estructuras culturales latinoamericanas son muy deficientes. El analfabetismo es una de las grandes plagas regionales. Faltan 200 mil escuelas y 500 mil maestros de primeras letras. Estados Unidos dedica a educación 97 dólares por habitante. La Unión Soviética, 138. En América Latina, el gasto es muy inferior. Bolivia gasta en educación 1 dólar por habitante. Venezuela, 39; Chile, 10.

El panorama cultural se obscurece todavía más si se considera que, en los próximos 25 años, deben incorporarse a la población activa de América Latina algo así como 90 millones de personas. De esta cantidad, 25 millones vendrán a reemplazar a los que fallecen o se retiran del trabajo, pero 65 millones son cerebros y brazos adicionales que la actividad económica deberá absorber ofreciéndoles nuevas oportunidades de empleo. El esfuerzo educacional y tecnológico deberá ser gigantesco. Es una tarea formidable. De la capacidad para cumplirla satisfactoriamente va a depender, en parte principalísima, el porvenir de nuestros pueblos. En un futuro cercano la ausencia de adecuada preparación técnica puede ser uno de los más serios obstáculos que encuentre el crecimiento económico de América Latina. La UNESCO anota que "en los decenios que están por venir, el influjo desmesurado de una mano de obra no calificada puede crear problemas de magnitud sin precedentes en América Latina"¹⁴.

¹⁴UNESCO. "La educación en América Latina", p. 75.

La educación es una necesidad pública de importancia primordial y, desde el punto de vista de la organización política, es un derecho individual que el Estado debe asegurar a todos los habitantes, sin discriminaciones de ninguna especie. En el pasado, la educación fue para una minoría. Era una educación de sentido oligárquico. Se dio forma, así, a una escuela selectiva y restrictiva que, por la composición social y económica de sus alumnos, como, asimismo, por su orientación, contenido programático y prácticas escolares, se mantuvo marginada de la ciencia y de las aspiraciones de las grandes masas. En los tiempos actuales, la educación para todos, o sea, la educación efectivamente democrática es una exigencia del progreso. Es condición del desarrollo. La educación tiene, también, que encontrarse en contacto directo con la vida, con los avances extraordinarios de la ciencia y la técnica y, sobre todo, con las evoluciones y aspiraciones de las fuerzas sociales. Las nuevas generaciones deben ser capaces de participar activamente en la creación de nuevas formas de vida tanto en lo social y político como en lo económico, tecnológico y cultural.

En una época, como la nuestra, en que el progreso requiere, muchas veces, el sacrificio de ciertos intereses particulares, resulta más válido que nunca el principio de que la educación tiene como fin formar el hombre para la sociedad y no para su grupo; para los intereses generales y no para las conveniencias de círculos, sectas o clases. "El fin de la educación contemplada en su más noble aspecto—dice Valentín Letelier— no es el de asegurar a los educandos los medios de hacerse ricos. Sin que le sea lícito eximirse del deber de adiestrar sus facultades para el trabajo, el fin que debe perseguir la educación es el de formarlos para la sociedad en que han de vivir"¹⁵. Esta es la única forma para conseguir que la escuela sea el crisol de la democracia y el instrumento creado por la sociedad para dirigir, inteligentemente, su propio cambio.

Cuando existe armonía entre los fines del desarrollo y las estructuras culturales, el proceso de crecimiento se facilita considerablemente. En caso contrario, se dificulta y entorpece. En tal proceso, muchas veces surge un retardo temporal, más o menos grande, entre la aparición de las nuevas funciones y la formación cultural de los individuos capacitados para cumplirlas. "La previsión de los estrangulamientos que puedan ofrecerse en la rápida creación de todas estas funciones, llenando lo antes posible los desniveles temporales producidos, es sin duda una de las tareas más formidables que han de afrontar las sociedades latinoamericanas, sino quieren que sufra atraso

¹⁵Valentín Letelier. "Filosofía de la Educación". T. 1, p. 166.

su desarrollo económico”¹⁶. Para impulsar el cambio económico, el sistema educacional debe adaptar el individuo a las nuevas funciones que nacen con el progreso y sin cuya adecuada atención el desarrollo se detiene o resulta imposible.

8.

¿Cuál es la relación entre estructuras y cambio social?, ¿cuándo y cómo las estructuras inducen al cambio? En otras palabras, ¿cómo opera el mecanismo del progreso?

Para nadie escapa que este es un problema extraordinariamente complejo. En general, puede afirmarse que la tensión social se origina en el movimiento autónomo de las distintas estructuras. Puede, por ejemplo, que algunas se modifiquen con mucha rapidez mientras que otras no cambien o lo hagan con ritmo distinto. También es posible que ciertas estructuras evolucionen en determinado sentido, en tanto que otras se muevan en sentido contrario. De esta manera, dentro del sistema surgen las tensiones estructurales, o sea, crisis que conducen al reemplazo o transformación del sistema.

El sistema económico de un país es un conjunto coherente de estructuras compatibles. Si, en todo o parte, las estructuras dejan de tener coherencia y se hacen incompatibles, el sistema se debilita y empieza a fallar, demostrando incapacidad para resolver los problemas que se suscitan en el grupo social. Es verdad que, aun así, el sistema puede subsistir durante algún tiempo. La historia nos muestra el caso de sistemas a la deriva. Pero, la tensión estructural no puede prolongarse indefinidamente ni exceder ciertos límites. Producido el desajuste de las estructuras, fatalmente debe llegar el día en que sobrevenga el cambio que configure un nuevo complejo coherente y compatible, capaz de resolver los problemas de la sociedad y permitir la continuidad de su progreso.

Como se dijo al comienzo, en América Latina las tensiones derivan, sobre todo, del desequilibrio agudo y creciente entre el ritmo con que aumenta la población y el ritmo con que crece la economía. Para que la economía crezca más velozmente hay que hacerla técnicamente más moderna y, para ello, se requiere que las tasas de ahorro y capitalización sean altas. La insuficiencia de la capitalización latinoamericana explica nuestro subdesarrollo. La colaboración del capital extranjero ha sido y sigue siendo tardía y escasa. América Latina debe

¹⁶CEPAL. “Tres aspectos sociológicos del desarrollo económico”. *Boletín económico de América Latina*, número especial, agosto, 1955, p. 62.

encontrar en su medio interno las fuentes capaces de proporcionarle los ahorros necesarios para que la inversión alcance un nivel satisfactorio. Estas fuentes existen potencialmente. Pero, se precisan algunas reformas estructurales para colocarlas al servicio efectivo del esfuerzo de crecimiento.

No analizaremos, ahora, una materia tan vasta. Nos limitaremos a indicar algunas de las situaciones que entraban el desarrollo y exigen de reformas institucionales que despejen el camino.

9.

Está, en primer lugar, el caso de la agricultura. En los últimos 20 años, la producción agrícola latinoamericana ha aumentado a razón de 2,6% al año. Pero, como el crecimiento demográfico ha sido muy alto, la producción agrícola per cápita se mantiene estacionaria. Mientras tanto, el consumo de productos agrícolas aumenta a razón de 3,7% anual. En consecuencia, existe un déficit. Para salvarlo, América Latina, en parte, restringe sus exportaciones de productos de la tierra y, además, compra en otras regiones del mundo los alimentos que necesita y que su agricultura no le proporciona. En promedio, América Latina adquiere fuera de la región 450 millones de dólares anuales en productos agrícolas. Se estima que una política racional de producción e intercambio haría posible que estos 450 millones de dólares se produjeran y comerciaran dentro del área latinoamericana, con los consiguientes beneficios para todos. Por otro lado, se calcula que, en los próximos 20 años, la agricultura de América Latina tendría que aumentar su producción en 130% a fin de satisfacer adecuadamente las demandas de los respectivos mercados internos. Los expertos creen que la mayor producción deberá descansar más en la mejoría de la productividad que en la extensión de la superficie cultivada. Por esta causa, no puede separarse la solución del problema agrícola de las modalidades que en América Latina reviste la tenencia de la tierra.

En nuestra América, el 1,5% de los propietarios agrícolas posee el 50% de la tierra cultivable. La mitad del suelo agrícola forma parte de grandes propiedades. De entre éstas, muchas son latifundios, o sea, tierras cultivadas mediante métodos eminentemente extensivos. La productividad de la agricultura no puede elevarse mientras subsista el latifundio que, por sus características, conduce al desperdicio del suelo cultivable y a la mala organización de los factores productivos, agravada por el ausentismo de los propietarios. Entre nosotros, según estudios del Instituto de Economía de la Universidad de Chile,

la agricultura destina a pastos el 30% de la superficie regada. Si la superficie regada chilena se cultivase íntegramente, la producción agrícola podría aumentar en 20%. Además parece insistir en lo que esto significa para un país carente de alimentos. El latifundio latinoamericano corresponde a una etapa ya fenecida. Es una institución que no se concilia con las necesidades de las sociedades industriales modernas. La mentalidad estática y antitecnológica del latifundista es antagónica con las exigencias dinámicas del cambio económico. "Ningún partido político, de cualquier color que sea se atrevería, ahora, a decir que se opone en principio a la reforma agraria, como tampoco se atrevería a favorecer públicamente el pecado o la poligamia"¹⁷. Se ha dicho que la reforma agraria se necesita impostergablemente por tres razones: 1º Realizar un cambio estructural que permita aprovechar intensamente el potencial de ahorro y promueva la movilidad social; 2º Satisfacer la demanda de una población que crece con rapidez y requiere mejorar su alimentación; y, 3º Elevar el nivel de vida de las masas campesinas¹⁸.

Por cierto, no hay una reforma agraria. Cada país debe buscar la solución específica aplicable a su caso. Pero, toda reforma agraria eficaz debe ser *rápida* y *masiva*. La CEPAL dice al respecto: "Sólo haciendo en grande la reforma, se aprenderá a realizarla. Es imposible prever todas las complicaciones que surgirán y prevenir muchos de los posibles errores. Lo esencial es tener un plan correcto para afrontarla y aprovechar la experiencia para corregir flexiblemente esos errores"¹⁹.

Existe una manifiesta relación entre reforma agraria y progreso económico. Pero, en general, para nosotros, la reforma agraria no sólo reviste el carácter de causa sino que, en gran medida, es, también, un efecto. Sólo pueden avanzar los pueblos que están dispuestos a liberarse de las trabas que la estructura en vigencia opone al desarrollo. La reforma agraria es efecto de la voluntad social de cambio e innovación. Realizar una genuina reforma agraria no es tarea fácil. Hay que vencer poderosos intereses creados. Es preciso quebrar la rutina, la inercia y el temor. El eminente economista J. K. Galbraith, hasta hace poco Embajador de Estados Unidos en la India, dice: "Por desgracia, nuestra actual investigación de la reforma agraria en los países subdesarrollados, se hace en parte, como si tal reforma fuera algo que

¹⁷Dr. Solon Barraclough. "Lo que implica una reforma agraria". "Reforma agraria". T. I, p. 327, Instituto de Economía, U. de Ch., 1963.

¹⁸CEPAL. "Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano", p. 59.

¹⁹CEPAL. Ob. cit., p. 60.

determinado gobierno proclama una buena mañana, dando tierras a los campesinos, como podría conceder pensiones a soldados veteranos o reformar la administración de la justicia. De hecho, una reforma agraria es un paso revolucionario: "Transmite el poder, la propiedad y la condición social, de un grupo de la comunidad a otro. Si el gobierno del país está dominado por grupos de terratenientes, o si éstos tienen gran influencia sobre él, no es de esperar que dicho gobierno promulgue una legislación agraria efectiva como un acto de gracia, toda vez que esos grupos son los que están perdiendo sus prerrogativas. La mejor garantía de una reforma agraria —y espero personalmente que ésta sea ordenada y pacífica— reside en un gobierno popular que verdaderamente desee las reformas"²⁰.

10.

Refirámonos, ahora, al comercio exterior. El desarrollo económico aumenta las necesidades de importación. El sólo crecimiento demográfico ya es un factor amplificador de las compras en el extranjero. Sin embargo, es en el comercio exterior donde se observa uno de los más serios desequilibrios de la economía latinoamericana. En 1930, la capacidad de importación de América Latina era de 58 dólares por habitante. En 1960, esa capacidad llegaba sólo a 39 dólares. La baja es alarmante. La participación de América Latina en el comercio mundial ha ido decayendo progresivamente. Antes de la crisis de 1930, esta participación era del 9%, mientras que hoy es del 6,5%. América Latina está perdiendo los mercados tradicionales de sus productos exportables básicos. Así, por ejemplo, en 1948 el 35% de las importaciones totales de Estados Unidos provenía de América Latina. Ahora, sólo representan el 22% de ese total. En los países de la Comunidad Económica Europea, la participación latinoamericana ha caído del 9% al 5,5%. Pero, esto no es todo. Además, los países desarrollados están compitiendo fuertemente con América Latina en las exportaciones de productos básicos, o sea, materias primas, alimentos y combustibles. Entre 1953 y 1960, las exportaciones de productos básicos originarios de los países industrializados aumentaron en 50%, en tanto que las de América Latina lo hicieron en 12%.

Hay que añadir a este cuadro sombrío el empeoramiento de los términos del intercambio. Como se dijo, estos términos resultan de

²⁰J. K. Galbraith. "Conditions for Economic Change in underdeveloped countries". *Journal of Farm Econo-*

mics, noviembre, 1951. Citado por Dr. Solon Barraclough, p. 332.

comparar el precio de lo que se exporta con el precio de lo que se importa. Por ejemplo, puede ocurrir que el precio de las exportaciones aumente en 5% pero, si, a la vez, el precio de las importaciones sube en 10% resulta, entonces, que el movimiento de los precios ha sido adverso al país que vende sus productos al extranjero. Es un hecho histórico que los países exportadores de productos básicos sufren un deterioro secular de los términos del intercambio. A la larga, los precios de los artículos manufacturados que adquieren en el exterior suben más que los precios de los productos básicos que venden al extranjero. Este fenómeno tiene dilatado alcance. Por ejemplo, en el período 1955-61, el capital extranjero que, por todos los conceptos ingresó a América Latina, ascendió a 8 mil millones de dólares. Pero, en el mismo período, el deterioro de los términos del intercambio significó para América Latina una pérdida de 10 mil millones de dólares. Para América Latina más importancia que los préstamos extranjeros tiene la estabilidad de los términos de su intercambio básico. Los préstamos hay que pedirlos, devolverlos y pagar intereses. A veces, involucran, también, alguna suerte de dependencia política. La riqueza que América Latina pierde a través del deterioro de los términos del intercambio le pertenece.

Hay algo más. En el período 1951-60, el ingreso anual de capital extranjero a América Latina se compensó, casi exactamente, con las remesas que América Latina hizo al exterior para servir los préstamos y enviar las ganancias obtenidas por las inversiones directas. Para decirlo de una manera simple, por cada dólar que América Latina recibe pierde dos dólares: Un dólar por concepto de deterioro de los términos de su intercambio y otro dólar para servir y remunerar los capitales foráneos.

¿De qué sirve que, en seis años, se presten a América Latina 8 mil millones de dólares si, en el mismo período, pierde 10 mil millones a través del sutil mecanismo de los términos del intercambio? ¿De qué sirve que se aporte o preste capital extranjero si su monto se iguala con el de las sumas en divisas que América Latina tiene que enviar al exterior para servicio de préstamos y remesas de utilidades? ¿No sería más positivo y justo que, mediante la cooperación internacional, se garantizara a América Latina el poder adquisitivo de sus exportaciones y, así, se conservaran estables los términos del intercambio? ¿Es absolutamente imposible hacerlo? ¿Pero, cómo, dentro de Estados Unidos, se mantienen estables los términos del intercambio entre la agricultura y la industria, asegurando el poder adquisitivo de los productos de la tierra? De sobra comprendemos que es un problema arduo. Pero, a la vez, pensamos que esta es una de las

cuestiones vitales para el progreso latinoamericano. Así lo creyó, también, la Carta de Punta del Este, instrumento internacional originario de la Alianza para el Progreso, que dijo: "Las repúblicas americanas reconocen que el desarrollo económico de América Latina requiere... la corrección del deterioro secular de sus términos de intercambio". Por desgracia, la Carta de Punta del Este no dispuso ni propuso nada concreto en la solución real del problema.

11.

Tocamos, ahora, la distribución del ingreso. Sólo una distribución más igualitaria del ingreso permite que las ventajas del progreso económico alcancen a todos los sectores sociales. El desarrollo de la economía sin redistribuir más justamente el ingreso sólo acarrea mayor bienestar para los afortunados, pero no alivia la miseria material y moral de los humildes y desvalidos. Según la CEPAL, la estructura social prevaleciente en América Latina "se caracteriza, en gran medida, por el privilegio en la distribución de la riqueza y, por consiguiente, del ingreso". Agrega, que este privilegio "debilita o elimina el incentivo a la actividad económica, en desmedro del empleo eficaz de los hombres, las tierras y las máquinas". Finalmente, añade que el "privilegio distributivo no se traduce en fuerte ritmo de acumulación de capital, sino en módulos exagerados del consumo en los estratos superiores de la sociedad, en contraste con la precaria existencia de las masas populares"²¹.

Sé que es innecesario decirlo ante una audiencia culta. Cuando se habla de redistribuir el ingreso sujetándose a principios de justicia no se propugna que los ingresos de las clases favorecidas se repartan entre los sectores actualmente perjudicados. Basta pensar que el ingreso latinoamericano per cápita es de 370 dólares para darse cuenta que los beneficios de este tipo de reparto tendrían que ser muy limitados. Lo que se propicia es reducir el consumo excesivo de las clases con altos ingresos a fin de acrecentar la capitalización. El aumento de la capitalización permitiría acelerar el ritmo del desarrollo y, mediante éste, se mejoraría el nivel de vida de los sectores con ingresos bajos y medianos.

Según ya se dijo, el 5% de la población latinoamericana absorbe casi el 30% del consumo total. Estos grupos favorecidos tienen un consumo medio por familia 15 veces mayor que el de los grupos con ingresos bajos. Se calcula que si la diferencia no fuera 15 sino 11 y

²¹CEPAL. Ob. cit., p. 5.

el resto se dedicara al ahorro y la inversión, la tasa de crecimiento anual del ingreso per cápita podría subir del 1% anual al 3%. Por medio de una política redistributiva razonable, sería posible duplicar en 17 años el ingreso personal de la mitad de la población de América Latina que, ahora, sólo tiene un ingreso anual de 120 dólares. Si la diferencia del consumo familiar bajara de 15 a 9, la tasa de aumento del ingreso podría aumentar del 1% al 4% o todavía más y, entonces, la eventual mejoría de esos sectores sería más rápida.

La información disponible acerca de la distribución del ingreso en América Latina deja mucho que desear. En Chile, el año 1960, el 10% de las personas con ingresos altos recibía 38% del total del ingreso personal. Peor es lo que sucede en Venezuela y México, pues allí ese 10% recibe el 45%. En Estados Unidos, Dinamarca, Inglaterra y Suecia, tal 10% recibe sólo el 30%. Al otro extremo, el 60% de las personas con ingresos bajos recibe en Chile, México y Puerto Rico el 24% del ingreso personal. En Venezuela, el 16%. En Dinamarca, Estados Unidos e Inglaterra, el 34%. En cuanto a la cuota que los sueldos y salarios obtienen del ingreso nacional, en Argentina es del 51%; en Perú, 40%; en Colombia, 38%. Para Chile, no hay datos oficiales últimos, pero también es de alrededor del 38%. Compárense estas cuotas con las del trabajo en los países industrializados. En Inglaterra, los sueldos y jornales representan un 73,2% del ingreso nacional; en Estados Unidos, 69,5%; en Noruega, 64% y en Francia y Alemania Federal, 61%²².

12.

¿Cuál es el papel que le corresponde a la juventud en el proceso de cambio? Conviene dejar esclarecido que nos referimos a la juventud que ha tomado conciencia de los problemas que afronta su sociedad. Entre esta juventud no sólo se cuentan las juventudes universitarias, que constituyen una *élite*, sino, también, otros sectores juveniles, cuya cultura los habilita para adentrarse reflexivamente en la naturaleza y exigencias del cambio. Según Mannheim, "la juventud es el iniciador predestinado de todo cambio social"²³. Este rol deriva de que la juventud tiene la libertad suficiente para identificarse con los nuevos problemas que surgen en la comunidad donde vive. La

²²CEPAL. "El desarrollo económico de América Latina en la postguerra", Vol. II, pp. 104, 105 y 112.

tomado del "Statistisches Jahrbuch", 1961.

²³Karl Mannheim. Ob. cit., p. 54.

El dato de Alemania Federal es

juventud constituye uno de los motores más poderosos para la renovación de las sociedades tradicionales. Por otro lado, el aporte juvenil espiritualiza los objetivos del cambio, pues el joven conserva intacta la pureza de sus intenciones y no lo guía sino el noble afán de imponer ciertos altos valores, que estima justos. Por esta razón, "siempre que se quiera partir de nuevos comienzos, tienen éstos que estar iniciados por la juventud"²⁴.

¿De dónde deriva el atributo "revitalizador" de la juventud? ¿Es sólo la rebeldía que dimana de su natural efervescencia biológica o mero espíritu de aventura? Según quienes que se han ocupado del tema, la particular aptitud de las juventudes para contribuir al gran proceso de la renovación social enraíza en causas de tipo sociológico bien definido. Contrariamente a lo que sucede con los adultos, la juventud no está comprometida con el orden vigente ni con la escala de valores que lo rige. La juventud carece de intereses cuya seguridad, permanencia o conservación, dependen del actual ordenamiento de la sociedad. Para el joven, resulta natural pensar que ese ordenamiento sea susceptible de cambio y en su voluntad no pesan intereses creados de ninguna especie, ni espirituales ni económicos. En muchos aspectos el joven es extraño a ese ordenamiento. Por lo común y hasta la adolescencia, el nombre está en contacto casi exclusivo con su grupo familiar y los valores a que se sujeta son los que imperan en ese grupo. Cuando el joven, por ejemplo, se incorpora a la Universidad llega a un mundo nuevo donde, por primera vez, empieza a vivir los problemas que plantea la comunidad y que están sometidos a valoraciones que, aunque habituales para el adulto, son ajenas para el joven. "Pues bien, esta penetración en la sociedad hecha desde fuera es lo que hace a la juventud especialmente apta para simpatizar con movimientos sociales dinámicos que, por razones la mayor parte de las veces diferentes de las suyas, están insatisfechos con la situación actual de las cosas"²⁵. Esta posición de "extrañamiento" de la juventud es favorable a su conducta frente al cambio y es lo que explica la coincidencia de la juventud con las actitudes y aspiraciones de otros grupos e individuos que, tampoco, se sienten vinculados a las estructuras en vigencia, como lo son las clases oprimidas, los intelectuales y los artistas, etc.

El poder renovador de la juventud es una fuerza latente. La sociedad debe buscar los medios para integrarla de modo que su dinamismo sea factor positivo de progreso y no se malgaste en la mera rebeldía, el inconformismo estéril o la algarada frívola. Para este ob-

²⁴Karl Mannheim. Ob. cit., p. 51.

²⁵Karl Mannheim. Ob. cit., p. 54.

jeto, la educación, ajena a los dogmatismos, debe formar el espíritu de los jóvenes a fin de que capten el sentido del cambio y sean capaces de juzgar, por sí mismos, los acontecimientos, en vez de dejarse arrastrar por ellos. Como dice Ortega y Gasset, la educación debe preparar una juventud "que aspire no a ser consecuencia, repercusión, eco del pretérito en decadencia, sino, al contrario, iniciación de un proceso ascensional y constructor"²⁶.

El concurso de las juventudes al proceso de cambio es, todavía, importante desde otro punto de vista. Pareciese que los países en desarrollo tendieran a la desintegración social, en cuanto existe un alto porcentaje de habitantes de las grandes ciudades cuyas actitudes rompen el sentimiento de comunidad. En general, la hostilidad de ciertos individuos contra su medio se relaciona directamente con los sentimientos de inseguridad, frustración, inestabilidad y angustia, que en las sociedades subdesarrolladas acosan al hombre como consecuencia del crecimiento económico insuficiente, generador de inflación, cesantía y falta de oportunidades para el mejoramiento social y económico. El hombre llega, así, a sentirse aislado dentro de la sociedad. Se siente, también, desvalido e impotente. El efecto inmediato es el desarraigo y la quiebra de la solidaridad social. El hombre, que no recibe nada de nadie, se siente enemigo de todos. El fenómeno se acentúa a causa de las dificultades de ajuste que, superponiéndose a las anteriores, golpean al hombre que emigra desde el campo a las ciudades en busca de empleo. Este hombre, ubicado en la metrópoli, se sumerge en un medio de valoraciones muy distintas a las que regían su vida rural, y, muchas veces, sale de la dura y cruel miseria campesina para hundirse en la no menos inhumana miseria urbana de las poblaciones "callampas".

De esta manera, se va modelando la agresividad que, incapaz de enfrentarse con sus grandes causas sociales, se dirige contra personas o entidades que pasan a ser algo así como los sustitutos de los hechos que protagonizan el auténtico conflicto. Se agrega a este cuadro el desaliento sin fondo de los millones de adolescentes que en América Latina quedan al margen de la educación media, superior o técnica. Es la juventud perdida. Es la juventud sin posibilidades de ascenso ni certeza de destino. Ante una sociedad que no les ofrece enseñanza ni trabajo, estos jóvenes vagan por las calles y plazas de nuestras grandes ciudades, prestos a reclutarse en cualquier vicio o para participar

²⁶José Ortega y Gasset. "Meditación del pueblo joven". Madrid, 1959, p. 16.

en todo acto que les permite desahogar el rencor y la protesta que les roe implacable el espíritu.

13.

Cuando las estructuras no coinciden con las escalas de valores de los pueblos, están condenadas a desaparecer. Si no lo hacen sujetándose a un orden y esfuerzo deliberados, terminan por estallar en mil pedazos bajo la presión incontenible de las nuevas formas de vida, que pugnan por expresarse. El sentido y la naturaleza del cambio dependen, en amplia medida, de lo que podríamos llamar la elasticidad de las estructuras. Cuando las estructuras responden con presteza a las exigencias del progreso, el cambio puede realizarse tranquilamente. Cuando las estructuras resisten, el cambio puede adoptar caracteres violentos.

Según el eminente ensayista y sociólogo norteamericano Erich Fromm, el cambio puede ser "catastrófico" o "anticipatorio"²⁷. Dice Fromm que "la mayor parte de los cambios han sucedido de modo violento y catastrófico. La mayoría de las sociedades... han sido incapaces de adaptarse voluntaria y pacíficamente a condiciones fundamentalmente nuevas, anticipándose, así, a hacer los cambios necesarios... Quienes principalmente se opusieron al cambio fundamental fueron las élites que mejor aprovecharon el orden existente y que por ello no querían renunciar voluntariamente a sus privilegios... Otra razón igualmente importante consiste en un factor psicológico. Habiendo los conductores y conducidos hipostasiado y deificado su modo de vida, los conceptos de su pensamiento y su formulación de valores, llegan a consagrarse rígidamente a ellos. Hasta los conceptos muy ligeramente diferentes llegan a convertirse en algo intensamente perturbador y son mirados como embestidas hostiles, demoníacas, enloquecidas, contra el pensamiento *normal* y *sano*. Para los cromwellianos, los papistas eran instrumentos del diablo; los girondinos lo fueron para los jacobinos; los comunistas lo son para los norteamericanos... Así es como la historia del hombre es un cementerio de grandes culturas que llegaron a un final catastrófico en razón de su incapacidad para reaccionar planeada, racional y voluntariamente ante el desafío". Añade Erich Fromm, que "el cambio anticipatorio y no violento también ha ocurrido en la historia. La liberación de la clase trabajadora del status de objeto de implacable explotación para con-

²⁷Erich Fromm. "¿Podrá sobrevivir el hombre?". Edic. española, Buenos Aires, 1962, p. 15.

vertirse en influyente consorcio económico de la sociedad industrial en Occidente, es un ejemplo de cambio no violento en las relaciones de clase dentro de una sociedad. La aquiescencia del gobierno laborista británico a conceder la independencia a India antes que verse forzado a hacerlo, es un ejemplo en el área de las relaciones internacionales. Pero, estas soluciones anticipatorias han sido, hasta ahora, las excepciones antes que la regla en la historia”²⁸.

En el proceso de cambio, la Universidad tiene un papel decisivo y múltiple, que sólo nos atrevemos a insinuar en sus rasgos más esenciales. La Universidad debe preparar el cambio anticipatorio lo que, por una parte, significa que la Universidad tome conciencia de que el progreso requiere cambios estructurales profundos y básicos, y, por la otra, señale a las juventudes esquemas positivos, a fin de que las fuerzas juveniles renovadoras no se desvanezcan sino que contribuyan efectivamente a los cambios que la sociedad necesita para que su economía pueda desarrollarse con un ritmo que permita al hombre común alcanzar el nivel de vida material y cultural a que aspira. El saber universitario tiene que imprimir forma y contenido a la nueva sociedad. Para este efecto, la Universidad debe mantenerse en estrecho contacto con la vida, teniendo en cuenta que ésta es la sociedad misma, con sus instituciones, valores y cultura, sujeta a cambio y mutación. A la Universidad no puede bastarle con preparar un buen profesional sino que debe, además, preocuparse de que, también, sea un hombre culto. Stéphan D'Irsay, en su “Historia de las Universidades”, dice que esta historia es, en gran parte, la historia del pensamiento contemporáneo²⁹. Hay aquí algo que no debe olvidarse. La Universidad tiene el ineludible deber de encontrarse siempre a la altura de las ideas y los problemas del tiempo. La Universidad debe ser actual. Tiene que abrir sus puertas y ventanas a todas las inquietudes y decir su palabra sobre todos los grandes problemas que preocupan a la sociedad latinoamericana. Sólo así puede la Universidad satisfacer su cometido frente a la nación y, más directamente, ante la juventud que hoy, más que nunca, siente la urgencia de adquirir ideas claras que le permitan orientarse entre las complejas y perturbadoras cuestiones que asedian al latinoamericano de esta segunda mitad del siglo xx.

La Universidad ha sido, es y fue desde sus orígenes medievales el saber organizado como poder social. Así como el poder político se basa en la fuerza, la Universidad, poder espiritual, hunde las raíces

²⁸Erich Fromm. Ob. cit., pp. 16 y 17.

²⁹Stéphan D'Irsay. “Histoire des Universités”. París, 1933, T. I, p. 1.

de su potencia en el conocimiento, colocado bajo el signo de la más absoluta libertad, sin que la continua e infatigable búsqueda de lo verdadero tenga influencia, ni remota, de los intereses que podrían resultar heridos por la verdad que el pensamiento y la investigación pudieran descubrir. Laín Entralgo, en su magnífico ensayo sobre el hombre de ciencia, habla del "sabio-denunciante moral", para referirse al hombre de estudio que "se siente, a veces, en el honroso deber de denunciar la falsedad, la injusticia y la crueldad que tantas veces hay en el mundo en que vive"³⁰. En mi concepto, este papel le cabe, con mayor razón todavía, a la Universidad que, como conciencia colectiva de la nación, debe elevarse por encima de las pasiones, los apetitos, los prejuicios y los intereses, para mostrar serenamente la solución que el saber universitario, o sea, la ciencia y la técnica, cree debe darse a los grandes problemas sociales y cooperar, así, al establecimiento de un orden económico más humano y más justo.

³⁰Laín Entralgo. "El hombre de ciencia". Revista de Occidente, Madrid, junio, 1963, p. 22.